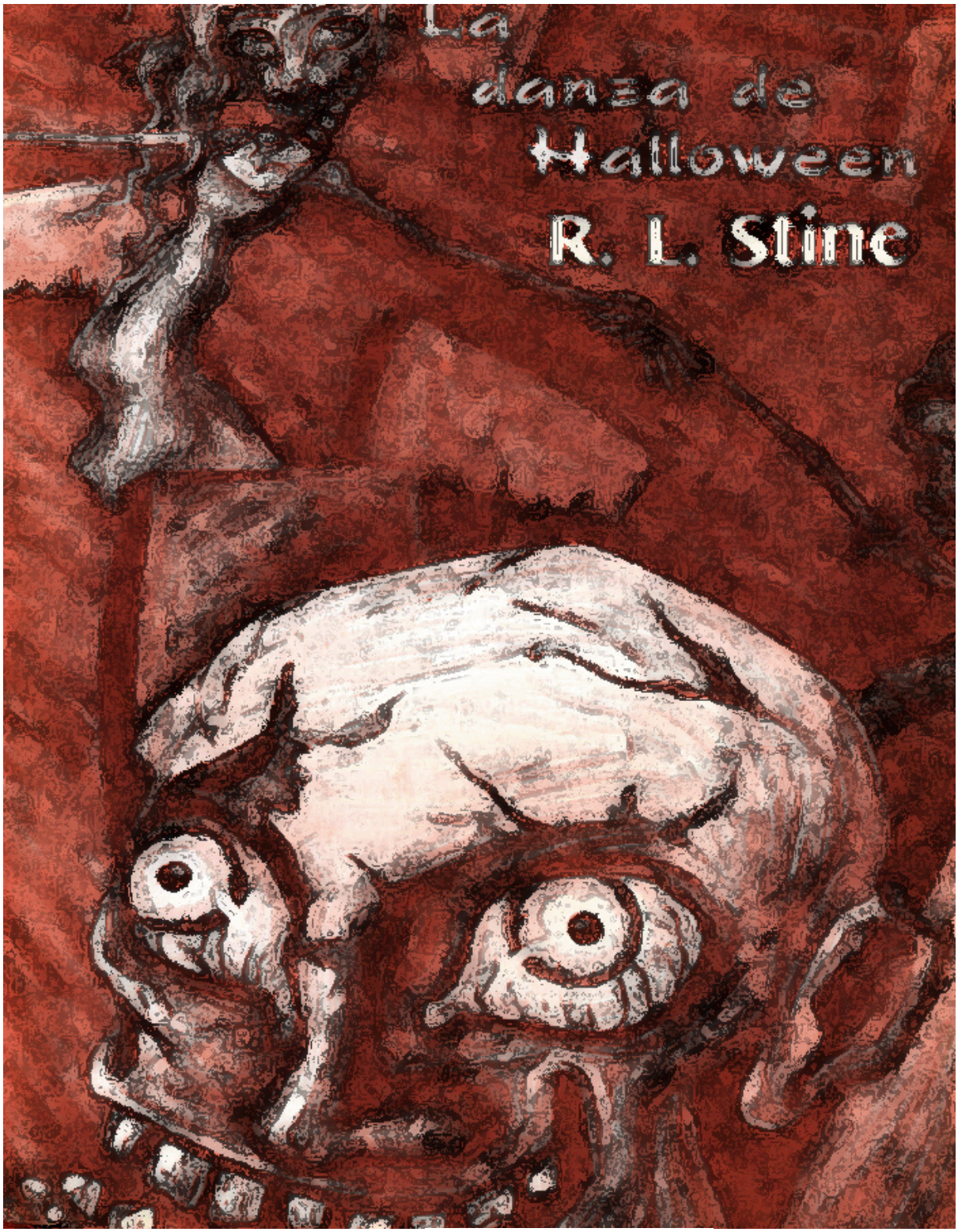
LA DANZA DE HALLOWEEN
R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Me quedé petrificado cuando mamá anunció algo que jamás había imaginado: -Esta noche celebraremos Halloween en casa. ¿A que es una magnífica idea?

Yo protesté. Madison, mi hermana pequeña, aplaudió entusiasmada.

-Pero si en Halloween mis amigos y yo lo que queremos es salir -dije.

-Pues invítalos a casa, Mark -intervino mi padre-. Así habrá menos peligro.

¿Menos peligro? ¿Qué sentido tiene una fiesta de Halloween sin peligro?

-Puedes invitara toda la clase si quieres -añadió mamá acariciándome la cabeza, lo cual me ponía frenético. Madison aplaudió de nuevo.

-¿Puedo invitar yo también a los de mi clase? -preguntó, dando botes como un chimpancé. -Pues claro -respondió mamá.

Lo que faltaba.

-¡Pero si ya tenemos trece años! -seguí protestando-. Mis amigos no se juntan con mocosas de ocho años.

Mis padres siempre me estaban obligando a hacer cosas con Madison, como llevarla al zoo o disfrazarme de payaso en sus fiestas de cumpleaños. La Navidad anterior incluso se habían empeñado en sentarme con ella en el regazo de Santa Claus.

-No te quejes tanto. Verás cómo lo pasáis estupendamente -dijo mamá-. Haremos juegos y nos divertiremos de lo lindo.

-También podríamos sacar una película de miedo del videoclub -sugirió papá. Pero miró a Madison y añadió-: Bueno, no de mucho miedo, claro. Un poquito sólo.

-Me están entrando unas poquitas ganas de vomitar -observé.

«Estoy acabado -pensé-. Mis amigos me retirarán la palabra. Nunca me perdonarán una fiesta así. ¡Esto es mortal, mortal de necesidad! »

Y no me equivoqué. De hecho, la fiesta fue peor que mortal.

Sólo se presentaron ocho o nueve amigos míos. En cambio acudieron unas treinta amigas de Madison, ¡y casi todas disfrazadas de princesas!

Jake, mi mejor amigo, y yo nos vestimos de horripilantes cadáveres de ultratumba, con unos disfraces asquerosos, de piel verdosa y putrefacta, llena de bultos, y cubiertos de la cabeza a los pies de heridas sangrantes y profundas cicatrices negras.

También me puse un globo ocular de esos que cuelgan, y un asqueroso colgajo amarillento en la nariz.

Jake llevaba una camisa raída y hecha jirones, con el mango de un machete marrón pegado a la espalda. Quise poner un poco de rap, pero las princesas se apropiaron inmediatamente del equipo de música y empezaron a bailar todas juntas al son de un grupo pop de niñatos cursis. Mis amigos se reunieron con cara de aburrimiento en torno a la mesa de la comida. Los infantiles jueguecitos de mamá tampoco contribuyeron a animar la cosa. «¡Venga, vamos a jugar a ponerle el cascabel al gato!» ¡Jo, qué diversión! Ninguno de mis amigos quiso participar, como es natural. Pero es que luego, cuando por fin papá sacó la película de miedo que había alquilado, quedó bien claro que aquélla iba a ser la peor fiesta de Halloween de la historia mundial. ¿A que no sabéis qué película había escogido?: ¡El mago de Oz!

Madison y sus amiguitas se apiñaron en la sala de estar para verla. Yo empujé a Jake hacia la puerta de la calle.

-Venga -dije-. Vámonos.

Jake se resistía.

-¿Qué?

-Larguémonos de aquí -insistí-. Ya no aguanto más.

Nos acercamos con mucho sigilo a la puerta, abrimos rápidamente y salimos a la calle sin que nadie nos viera.

Hacía una noche fría, de helada. El césped del jardín brillaba como la plata bajo la luna llena. Las ramas de los pelados árboles crujían y se balanceaban.

Observé el vaho que se me formaba delante de la boca al respirar, enderecé mi andrajoso disfraz de muerto viviente y avancé por el camino de gravilla delante de Jake.

-¿Adónde vamos? -preguntó él volviendo]avista hacia la casa.

-A cualquier parte -mascullé-. Me da igual. No aguanto esa fiesta boba ni un minuto más.

-Sí, la verdad es que empezaba a ser alarmante -dijo Jake.

Mi casa se encuentra al pie de una pronunciada cuesta.

-¿Y si jugamos a llamar a unas cuantas puertas por ahí arriba? -sugerí-. Si no nos dan caramelos, les pegamos un susto.

Estábamos atravesando la calle cuando...

-Oh... -Lancé un grito y me paré en seco. Un rugido ensordecedor me estalló en los oídos y quedé deslumbrado por una luz cegadora. En mi vida había visto una luz tan brillante. Brillante y abrasadora, como si el sol acabara de desplomarse sobre mi cabeza. Alcé el brazo para protegerme los ojos del resplandor, pero no lo conseguí. La cabeza me iba a explotar de dolor.

De repente empecé a parpadear en la oscuridad. El ojo colgante botaba ante mis narices y me pitaban los oídos. Miré de reojo a Jake y vi que también parpadeaba, como queriendo sacudirse el destello de aquella extraña luz.

-¿Has visto el camión? -me preguntó a voz en grito.

-¡Casi... casi senos echa encima! -respondí-. ¡Por lo menos iba a ciento ochenta, el tío!

-De poco nos hace picadillo -dijo Jake sacudiendo la cabeza.

Me di la vuelta y vi que teníamos a alguien detrás. Otro muerto viviente. Un niño alto y flaco, con una profunda herida abierta en la pechera de la camiseta. Llevaba el pelo largo y lleno de greñas entre las que asomaban bichos negros y gordos, y un ojo tapado con un parche asqueroso de gelatina verde.

-Ah... hola -saludé, incapaz de disimular la sorpresa-. Qué disfraz más chulo.

-¿Qué hacéis? -preguntó con voz ronca y apagada, como si estuviera resfriado.

-Pues estábamos atrapados en un rollo de fiesta -respondió Jake- y acabamos de escaparnos. ¿Has gastado ya alguna jugarreta o te han dado caramelos?

-Aún no he llamado a ninguna puerta. Me llamo Ray. Yo también acabo de salir. -Se quedó observándonos un momento-. ¿Queréis que os lleve a una fiesta buena de verdad, a una fiesta auténtica?

No aguardó nuestra respuesta y nos condujo pendiente arriba, cojeando. Su melena, infestada de bichos, ondeaba al viento. Iba tarareando entre dientes y se volvía constantemente, como para asegurarse de que lo seguíamos.

Al llegar a lo alto de la cuesta giramos hacia el antiguo cementerio de la esquina. Me sorprendió no ver a nadie en la calle: ni niños llamando a las puertas para pedir caramelos, ni coches circulando. En casi todas las casas ya estaban apagadas las luces.

-¿Dónde es esa fiesta? -pregunté.

-Ya queda poco -respondió Ray.

Seguimos tras él hasta la verja de entrada al cementerio. La maleza se encaramaba por los barrotes rotos. Al otro lado, el terreno se alzaba en pendiente. Las sinuosas hileras de lápidas asomaban como dientes recortados bajo la brillante luz de la luna.

-¿La... la fiesta se celebra en el cementerio? -preguntó Jake.

-Aquí es donde empieza -contestó Ray de modo enigmático. Abrió la verja y nos hizo ademán de que pasáramos. Los zapatos se me hundieron en el suelo cenagoso y sentí una corriente de aire frío.

-No creo que esté permitido entrar aquí -dije yo, con un escalofrío-. ¿Estás seguro de que hay una fiesta? ..

Ray me interrumpió, llevándose un dedo a los labios.

-Mirad -susurró con los ojos clavados en las hileras de lápidas blancuzcas.

Jake y yo dirigimos la mirada hacia allí. Di un salto al oír un siseo: al principio parecía suave, como un murmullo.

Bajé la vista, pensando que se trataría de un gato, pero no vi ninguno.

Frente a nosotros se oyó un nuevo susurro, y luego otros que venían de más lejos. Los susurros se transformaron en un siseo sostenido, como vapor escapando de un radiador.

Di un golpecito a Ray en el hombro.

-Oye, ¿qué pasa aquí? -pregunté-. ¿De dónde sale ese ruido?

Ray se llevó de nuevo el dedo a los labios y miró al frente sin pestañear.

El siseo parecía extenderse por todo el cementerio. Unas nubecillas se levantaron del suelo. Las finas columnas de vapor gris pálido trepaban entre las lápidas, enroscándose como serpientes, flotando a ras de suelo antes de elevarse.

-¡No! -grité al ver una mano esquelética que asomaba por la tierra.

La mano desplegó los dedos como una araña sus patas y descargó un palmetazo en el suelo. Luego se alzó otra mano junto a ella. Las dos hacían fuerza contra el suelo.

- ¡Uuuuuu!

Di un salto al oír el ronco gemido. La tierra se hundió ante una de las lápidas y ahogué un grito. El suelo se abrió y asomó una cabeza. Primero una mata de pelo oscuro. Luego una frente pálida. Y a continuación dos cuencas vacías en una cara medio putrefacta.

-¡Vámonos de aquí! -grité, tirando del brazo de Jake.

Pero Jake se había quedado con la vista clavada al frente, los ojos salidos y la lengua colgando.

-No... no me lo puedo creer -dijo en un susurro-. Son muertos vivientes, Ma... Mark, como en las películas.

- ¡Pero esto no es una película! -volví a gritar, tirando de él, pero estaba rígido, como hipnotizado. Una lápida se inclinó a un lado y cayó al suelo con un golpe sordo. De la tumba se alzó una mujer esquelética, con mechones de pelo blanco asomando entre grandes claros de su cráneo. Se sacudió la tierra y echó atrás la cabeza, exhalando un grito.

De repente el cementerio se había llenado de gente. Los espectros trepaban a la superficie desde sus tumbas, gimiendo y estirándose. Se sacudían la tierra, se atusaban los pocos cabellos que les quedaban en su mortecino y putrefacto cuero cabelludo y salían dando tumbos por el cementerio.

-La fiesta es por ahí -nos indicó Ray señalando hacia el lóbrego caserón del guarda, abandonado desde hacía años-. Vamos.

-¡Ni loco! -le respondí, temblando como un flan-. ¡Son muertos! ¿No te das cuenta? Son muertos... y nosotros, no.

-Pero ellos no sedarán cuenta -intervino Jake-. Nosotros también parecemos muertos esta noche, ¿no? Podríamos colarnos en su fiesta y no se enterarían, Mark. ¡Es genial!

Miré a mi amigo, estupefacto. -¿Hablas en serio?

-Claro que habla en serio -dijo Ray-. Es Halloween. Una cosa así sólo puede pasar esta noche. Además, después de la fiesta bailarán la danza de Halloween.

-¿Yeso qué es? -le pregunté, arrugando la frente. Pero no respondió.

-Ray, ¿tú cómo te has enterado de todo esto? En vez de responder, se limitó a preguntar: -¿Vienes?

-No -dije-. Me da miedo. Si nos pillan... -Mi voz se fue apagando al sentir un escalofrío por la nuca.

Los espectros desfilaban ante nosotros a trompicones, arrastrando unos a otros, tambaleándose por la hierba entre gemidos y murmullos en dirección a la casa del guarda.

-Venga, Mark -dijo Jake, tirando de mí-. Nunca tendremos otra oportunidad como ésta. ¿No te quejabas hace un rato de que tu fiesta de Halloween era un rollo? ¡Pues ahí tienes una fiesta que no olvidaremos en la vida!

-Pero, Jake... -Intenté desasirme de él.

-No se darán cuenta -insistió-. Ni siquiera notarán nuestra presencia.

Me volví hacia Ray, pero ya no estaba. Lo vi delante, dirigiéndose a paso rápido a la entrada del lóbrego caserón.

-Venga, quedémonos aunque sea unos minutos -insistió Jake-. Nos vamos cuando te apetezca. Sólo quiero poder contar cómo era.

Yo no quería volver a casa solo, y tampoco dejar a mi mejor amigo a solas en aquel cementerio, de modo que acepté. Respiré hondo y seguí tras Jake. Pasamos ante las hileras de lápidas, con sus tumbas abiertas y vacías, y subimos por la pendiente de hierba mojada que llevaba al viejo caserón.

Al llegar al umbral nos detuvimos. La luz de las velas parpadeaba en las paredes desconchadas. Las sombras de los espectros, fugaces y distorsionadas, bailaban por el techo y las paredes. Parecía como si todo el caserón hubiera cobrado vida.

Unos agudos chillidos desgarraron el aire gélido. Las fantasmales figuras se agachaban y cabeceaban moviéndose al son de un extraño baile, un baile en silencio, sin música. Pese a ello, se movían al compás, tambaleantes y rígidas al son de aquel ritmo inaudible. Jake y yo nos parapetamos tras la balaustrada de madera de la escalinata central. Desde allí, apoyados en la barandilla, contemplamos su silenciosa y tétrica danza.

Un anciano sin ojos soltó un gemido cuando se descoyuntó su huesudo brazo y se le cayó al suelo con gran estrépito. Una mujer desdentada, con los ojos que giraban vertiginosamente en el fondo de sus cuencas, se tiraba del pelo.

Un individuo larguirucho le arrancó la cabeza de cuajo a otro más bajito y luego la sostuvo en alto sobre sus hombros en una burla macabra. El bajito intentó arrebatársela dando saltos en el aire, desesperado, hasta que por fin la alcanzó y se la plantó en su sitio.

-Esto es demasiado siniestro -susurré al oído de Jake-. Vámonos... antes de que nos pillen, ¿vale? Jake asintió con la cabeza, pero al ver que era incapaz de apartar la vista de los espectros danzantes, lo agarré del brazo y tiré de él hacia la puerta, rodeado por las espectrales sombras que parpadeaban en las paredes.

-¡Hola! -me saludó una chica. Una muerta. Parecía de mi edad, aunque tenía el pelo completamente blanco, los ojos apagados y la piel de la cara reseca y despellejada.

El encaje que adornaba el anticuado cuello de su blusa estaba hecho jirones, y una gran mancha parduzca le cubría toda una manga.

El corazón me dio un vuelco. Me quedé pasmado, mirándola, sin conseguir articular palabra.

-¿Tú cómo moriste? -me preguntó en un áspero susurro.

-¿Qué? ¿Morirme yo? -logré decir. La chica asintió con la cabeza.

-Pues... de un accidente -respondí.

Tenía los ojos completamente hundidos, como dos aceitunas resecas.

-¿Cuántos años tienes? -susurró.

-¿Eh?... ¿Y tú? -pregunté con la voz quebrada.

-Ciento doce -contestó ella, con una sonrisa apergaminada y misteriosa.

-Igual que yo -dije, tragando con fuerza-. Me... me tengo que ir. -Me volví hacia Jake y mascullé entre dientes-: Hay que salir de aquí enseguida.

Pero de pronto, desde el centro de la atestada sala, una voz ronca anunció:

- ¡Que empiece la fiesta!

Resonaron aplausos y estridentes carcajadas de alegría.

- ¡Que empiece la fiesta!

Oí ruido de cristales al caer al suelo y hacerse añicos, y giré la cabeza a tiempo de ver a un individuo sacando la cabeza por el ventanal de la sala. Al volverse, riendo, observé que tenía esquirlas de cristal entre los dientes y en las cuencas vacías de los ojos.

Luego oí un grito y vi a dos espectros saltando desde el rellano del primer piso. Agitaron sus esqueléticos brazos y se desplomaron con gran estruendo de huesos rotos en el duro suelo.

Se redoblaron los aplausos. Una calavera carcajeante cruzó la sala volando y rebotó en la pared de la chimenea.

Los espectros bailaban alocados en el aire, y una mujer sin cabeza se columpiaba boca abajo de la siniestra araña que colgaba del techo.

-Por mí... nos vamos cuando quieras -dijo Jake tirándome del brazo. Tenía el miedo pintado en el rostro-. Venga, deprisa.

Arrimados contra la pared, nos abrimos paso entre el griterío y las carcajadas de los espectrales bailarines.

Estábamos a un paso de la puerta, cuando de pronto se hizo el silencio y todos quedaron inmóviles, como posando para una foto.

Jake y yo también nos quedamos paralizados. ¿Qué había sucedido?

Me di la vuelta y vi a la chica que había estado hablando conmigo con un gran espejo cuadrado en sus huesudas manos. La luz de las velas parpadeaba temblorosa en el cristal.

-¿Se reflejará alguien en él esta noche? -preguntó con voz mortecina-. ¿Se reflejará alguien?

Con el espejo en alto, comenzó a recorrer lentamente la concurrida sala.

-¿Qué está haciendo? -susurró Jake-. ¿Adónde va con ese espejo?

-Será algún juego -respondí.

La chica sujetó el espejo ante una pareja de espectrales bailarines, y desde el otro extremo de la sala vi que ninguno de los dos se reflejaba en el cristal. Seguidamente se acercó a un espectro de largas melenas y le colocó el espejo delante.

-¿Nos corresponde a todos estar aquí esta noche? -preguntó con voz aguda y cantarina-. ¿O se reflejará alguien en el espejo?

El espectro melenudo tampoco se reflejó en el espejo.

Cuando me di cuenta de que la muerta atravesaba la sala y se dirigía hacia nosotros, sofoqué un grito. De repente comprendí lo que pretendía.

Era evidente que no se trataba de un jueguecito..., era una encerrona.

Los muertos vivientes no se reflejaban en el espejo: estaban muertos, no tenían imagen. Pero un ser vivo, alguien ajeno a la fiesta, sí se reflejaría. ¡Nos iban a pillar!

Agarré el pomo de la puerta y lo giré. La puerta no se movió.

La chica alzó el espejo ante nosotros.

-Ya... ya os lo explico -dije-. No pretendíamos hacer nada malo. Nos íbamos ya. Nosotros...

Me miré en el espejo y dejé escapar un grito de asombro entre dientes. ¡No había imagen! Me incliné, acercándome a él. Nada.

Acerqué la cara hasta quedar a un milímetro del espejo. Aplasté la nariz contra él. Nada. No había reflejo alguno.

Jake miraba el espejo atónito, boquiabierto, con los ojos abiertos de par en par.

-¿Dón... dónde está nuestra cara? -masculló-. ¿Por qué...?

La chica giró en redondo con su espejo y se dirigió a un corrillo de espectros que estaban apoyados en la pared del fondo.

La habitación me daba vueltas en la cabeza y caí de espaldas contra la puerta, sin aliento.

-No... no lo comprendo -dije sorprendido.

Al volverme, vi a Ray de pie junto a nosotros. Estaba tan cerca que pude ver la herida abierta en su mejilla derecha y el pómulo asomando entre la piel.

-Ray... El espejo -farfullé-. Ni Jake ni yo nos hemos reflejado.

Ray asintió con la cabeza.

-Pero ¿por qué? -preguntó Jake-. Nosotros no estamos muertos. ¡Estamos vivos!

Ray se rascó la mejilla en carne viva.

-No, no lo estáis -replicó en voz baja-. Yo estaba presente, ¿recordáis? Vi cómo os atropellaba el camión.

-¡NO! -grité-. ¡Eso no es verdad! -Cruzasteis la calle sin mirar -explicó- y no lo visteis bajar por la cuesta.

-¡NO! ¡NO! -seguí gritando.

-Os dio a los dos -añadió Ray-. Salisteis despedidos a la otra acera y caísteis justo delante de mí.

-¡NO! -grité-. ¡NO! ¡ESO ES MENTIRA! ¡MENTIRA!

La puerta de la calle se abrió de golpe y una ráfaga de aire frío me envolvió.

«Es un frío glacial -pensé-. ¿Ya sólo voy a sentir frío? ¿Volveré a sentir calor alguna vez?»

Un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo. Me di la vuelta y vi que Jake también temblaba. Tenía los ojos entornados y le castañeteaban los dientes.

Alguien me apartó de la puerta de un empujón. Los muertos vivientes se abrieron paso renqueando, tambaleándose, y comenzaron a abandonar la casa entre gemidos.

La muerta del espejo me dirigió su apergaminada sonrisa y pasó flotando ante mí.

-¿Se acabó la fiesta? -le pregunté a Ray-. ¿Adónde van todos?

-Es casi medianoche -respondió, arrancándose un bicho del pelo y arrojándolo al suelo-. Ha llegado el momento de salir afuera y bailar la danza de Halloween.

Jake y yo salimos a la calle tras Ray. La luna llena flotaba ya en lo más alto del firmamento estrellado. El viento silbaba con gran fuerza entre las ruinosas lápidas.

-El día de Halloween, a medianoche, los muertos ejecutan su danza bajo la luz de la luna llena -explicó Ray, conduciéndonos hacia la colina del cementerio-. Hay un momento, un momento terrorífico, cuando todos nos quedamos paralizados. El tiempo se detiene, se para por completo. Luego, cuando empezamos a bailar otra vez, cuando el círculo avanza, el tiempo vuelve a correr. -Ray exhaló un suspiro y prosiguió-: Es un momento mágico. El único momento del año en que los vivos y los muertos están en armonía.

Llegamos al punto de encuentro en la cima de la colina. El viento soplaba con fuerza, agitando los andrajos putrefactos de los espectros y sacudiendo sus frágiles esqueletos.

Mientras oía traquetear sus huesos y crujir sus desdentadas y descarnadas mandíbulas, formamos un corro y nos agarramos de las manos. Sus manos eran

huesudas y frías, con dedos helados como carámbanos.

«Nunca más volveré a sentir calor», me repetía una y otra vez.

Alcé la vista a la luna, la pálida y fría luna que tan lejos de nosotros se encontraba ya, cuando de pronto se me ocurrió una idea. Una idea que estaba relacionada con la danza de Halloween, con el tiempo, con ese momento del año cuando vivos y muertos estaban en armonía.

Rápidamente recorrí con la vista el corro de espectros.

«El tiempo se detendrá -pensé-. Cuando todos nos quedemos inmóviles, el tiempo también dejará de correr. Y cuando los espectros se pongan a bailar, avanzará de nuevo.»

Pero... ¿y si la danza se hacía al revés? ¿Y si el corro giraba en dirección contraria a las agujas del reloj? ¿Y si bailábamos dando marcha atrás en el tiempo?

¿Funcionaría? ¿Podríamos retroceder en el tiempo hasta el momento anterior al accidente con el camión? ¿Podríamos mi amigo y yo aprovecharnos de la danza de Halloween para resucitar?

Era una idea descabellada, pero tenía que intentarlo.

No había tiempo de dar explicaciones a Jake. Los espectros ya estaban rígidos, se agarraban de las huesudas y gélidas manos cerrando el corro. La danza estaba a punto de comenzar.

El silencio cayó sobre la colina del cementerio. Nunca había oído ni sentido un silencio tan profundo. Nadie se movía. El viento había dejado de soplar. La hierba se alzaba rígida e inerte. No se oía nada... ni la leve oscilación de una sombra... ni el crujido de un árbol... ni una sola respiración.

El tiempo se había detenido. Medianoche, día de Halloween.

Todos estábamos vivos. Todos estábamos muertos. Y entonces sentí cómo el corro empezaba a moverse.

Oí el siseo del movimiento, el crujir de los huesos, una respiración..., un suspiro.

Actué con rapidez. Al ver que el corro se disponía a girar a la izquierda, empujé a Jake en dirección contraria y, con una sacudida, me moví hacia la derecha tirando del espectro que me daba la mano por el otro lado.

Di una zancada a la derecha. ¿Me seguiría el resto del corro?

¡Sí! Todos girábamos, girábamos al son de un ritmo inaudible, en dirección contraria a las agujas del reloj. ¡Hacia atrás!

Un paso a la derecha. Otro paso. Y otro más.

El viento se levantó de nuevo, aullando en torno al extraño corro.

Los árboles se agitaban y crujían. La maleza silbaba, sacudida por la fuerza del viento.

Un paso. Y otro. Y otro más. Estábamos bailando

la danza de Halloween, la danza de los muertos, a la inversa...

Y la sentía tirar de nosotros hacia atrás, a través del tiempo. Nos encontrábamos ya en el caserón abandonado del guarda.

Un paso... otro... otro más... Estábamos al pie de la colina, detenidos junto a la verja del cementerio.

Un paso... otro... otro más...

Y entonces... entonces... Jake y yo nos encontramos recibiendo el impacto de la luz, aquella luz brillante e incandescente que había puesto fin a nuestros días. Deslumbrados por los focos del camión. Era una luz cegadora... que comenzaba a desvanecerse... más... y más.

Retrocedíamos... retrocedíamos en el tiempo... Comprendí que la danza estaba surtiendo efecto, que cada paso que dábamos nos conducía de vuelta a la vida.

Yo giraba y giraba tirando del corro espectral. Seguid, seguid, no dejéis de moveros. ¡Tenemos que volver, tenemos que volver a la vida!

Y entonces me vi junto a Jake en mi casa, en la fiesta de Halloween, con Madison y sus amigas las princesas alrededor.

¡Por fin! ¡Por fin de vuelta en casa! ¡A salvo en el calor del hogar!

Dejé de bailar e intenté desasirme de la mano huesuda que sujetaba la mía. Pero el espectro no me soltaba. Me apretaba con fuerza, tirando de mí.

Un paso... y otro... y otro más. -¡Parad! -exclamé-. ¡Soltadme!

Pero el corro se movía cada vez más y más rápido... hasta que...

Me encontré en el colegio. Y de vuelta en las colonias de verano.

Y todo se movía muy rápido. Un paso... otro paso... el corro espectral continuaba girando. Cada vez más y más rápido...

Volvía al colegio. Pero ¿qué clase era aquélla? ¿Qué curso?

Intenté soltarme, romper el corro, pero el espectro me atenazaba con su gélida mano.

-¡Esperad! -grité-. ¡Parad! ¡Parad esto!

De pronto me hallé en el suelo de la sala de estar. ¿No era aquélla nuestra antigua casa, la casa donde vivíamos antes de que naciera Madison?

Otro paso... el corro empezó a girar por fin más despacio... más despacio.

Abrí la boca y me eché a llorar: -¡BUAAA! ¡BUAAA!

Mamá se acerca, me saca de la cuna y me levanta en brazos.

-Pero ¿qué te pasa, Marky? -me pregunta dulcemente-. ¿Estás bien? ¿Hay que cambiarte otra vez?

-¡BUAAA!

¿No lo entiende? ¿No entiende por qué lloro? ¡La danza ha durado demasiado! ¡Demasiado!

-¿Por qué llora? -pregunta papá acercándose a mamá. Sacude la cabeza y frunce el entrecejo-: ¿Qué demonios le pasará ahora?

Mamá me arrima a su cara.

-Venga, Marky, sonríe un poquito. Hoy es un día muy especial. Es tu primer día de Halloween.

FIN